

## LEGAJO 5

### APUNTE 1.

#### Enfermedad del alma y descubrimiento de un secreto.

El tiempo más que las medicinas me curó de las tercianas, y creo que ellas de cansadas me abandonaron voluntariamente, y no que fueron expelidas por los remedios, pues yo al fin renuncié de éstos, desconfiando de su virtud, y dexé al mal que obrase á su antojo, rompiendo todas las leyes de la dieta y precaucion. Sano ya de los frios en el cuerpo, me quedó un resfrio en el alma, enfermedad contraí la tambien en la oposicion y de más difícil cura.

He tenido siempre horror á la simonia, y no hallo como excusar de ella al favor, empeño y valimiento, de que suele hacerse gradas para los beneficios eclesiásticos. Me he abstenido del uso de estos medios, y creía posible, aunque con más dificultad, girar sin ellos, como en efecto lo había hecho hasta entónces, pero el suceso de Oaxaca me hizo entender era aquella dificultad mayor de lo que pensaba, y desconfiar demasiado de mis ascensos, supuesto no me allanó á ser secretario de Simón: y este era el resfrio. Bien veía lo que había obrado en mi la Providencia, pero como para los empleos mayores es más ordinario valerse de los resortes, el avanzar sin ellos requiere una Providencia extraordinaria, á que yo no me he hecho acreedor.

Se agregó al resfrio el dolor que me quedó de no haber llevado la Magistral. Porque aunque es verdad que ella no llenaba mi corazon, y conocía que en quanto me sentara en su silla, había de desear la de otra Iglesia; con todo lo apetecía por salir de Cura, y por cierta vanidad de ser Canónigo de mozo, y no quando la vejez me haya sacado de la esfera de hombre y convertídome en murciélago.

Me dediqué por fuera al servicio de mi Curato, y á avivar

los pasos de la Cofradia de Piedad, cuyo expediente, despues de idas y venidas al Fiscal, se dirigió sucesivamente al Subdelegado de la Provincia é Intendente de Puebla, para que informasen lo que creyesen oportuno, como lo executaron con vista de sus Acesores, apersonándome yo con todos para el buen despacho.

Por aquel mismo tiempo la conveniencia en la inclinacion al juego y la vecindad de los Curatos hicieron me comunicara á menudo con Dn. Ignacio Carrasco, que había entrado en el de Amosoque. Como familiar de S. Ilma. estaba instruido en todas sus cosas, y él me levantó el velo que cubría las relativas á mí, revelándome el misterio.

Nunca caí del concepto del Obispo, pero era tan ventajoso, que encendió los celos de los que procuraron separarme de su lado. No obstante, lo habría ocupado, si yo no hubiese cooperado con aquellos en mi contra, estudiando el punto sobre recidencia de Curas en la manera que lo practiqué; porque esto hizo concebir á S. Ilma. que era yo escrupuloso y no gustaba de que lo rodeasen los de tal carácter. «Alcocer, decía apretando el puño de la mano, es así, y por lo mismo no se puede tener al lado.» De aquí provino no hubiera habido tal Secretaria de Visita, ni los demás empleos en que había pensado para mí.

Reí á carcajada tendida la especie de tenerme por escrupuloso, quando ni de cien leguas lo parezco. Dios me libre de semejante tontería, que proviene las más veces de no entender la ley, ó de una oculta soberbia, ó de timidez y poquedad de ánimo, nada conducente á la Religion que nos quiere en la observancia de sus preceptos, libres y desembarazados como hijos, no entumidos y acuitados como esclavos. Una cosa es ser escrupuloso, y otra no querer echar reatos sobre si. Yo deseo que mis fragilidades sean de tal naturaleza, que con un golpe de pecho y un pequé de corazon queden expiadas, sin restarme rabos ni colas. Me creería con ellas, si no hubiese hablado, como hablé, de la recidencia, de lo que jamás me he arrepentido.



APUNTE 2.

Oposicion de la Magistral de México.

Año de 1797:

Perdidas las esperanzas y mirando cerradas todas las puertas de salir de Acaxete, me armé con mi filosofía de buscar á las cosas el aspecto por donde ménos ofendan, y procuré distraerme con el juego y con quantas diversiones pude, de las que se me proporcionaron las más agradables segun mi corazon. De este modo, ya que no conforme y satisfecho, quedé á lo ménos acostumbrado al Curato, y no violento en él.

Entretanto, se preparaba otra campaña ó expedicion literaria, nada ménos que en la Metrópoli, para cuya magistral se habían convocado opositores, é iba ya á abrirse su concurso. Antes de cumplirse el tiempo estaba allá mi corazon. Tomé mi equipaje y me dirigí á Puebla, dispuesto á continuar desde allí mi derrota; pedí la venia al Prelado. Pero, ¡qué chasco! No quiso que fuera, despues de publicado mi viaje, haberlo escrito á México, y despedidome de muchas gentes.

“Yo no puedo, me dixo, negar á Ud. la licencia que pide, pero le aconsejo lo contrario. No está Ud. ya en situacion de salir á sólo hacer mérito, y nada más conseguirá en este concurso. No quiero que desayren á mis Curas, y á un Cura de mi estimacion.” Encogí los hombros y me resigné con su dictámen, volviéndome á Acaxete con el rabo entre las piernas, y sintiendo se me frustrase una ocasion, en que habia de avanzar algo. Pero ¿quién, preguntarán, me lo habia dicho? Nadie más que el corazon.

Supo el Obispo me habia yo regresado tristísimo, y sólo por complacerlo. Se condolió, y me embió luego la licencia, con lo que sin perder momento me puse en México. La fortuna fué conmigo y me acompañó en todos mis ejercicios, con lo que está dicho no parecieron mal. El Sor. Dor. y Mro. Dn. José Serruto se declaró mi protector, sin conocerme de antemano. Y esta utilidad bastaba á darme por satisfecho de mi viaje.

A la verdad hacia mucho honor el aprecio de un hombre

tan grande, que habia competido con el insigne Portillo; que por su literatura y habilidad, destituido del favor, se habia ganado una beca de oposicion en el Colegio de Sn. Ildefonso, la Cátedra de Retórica de la Universidad, los primeros Curatos del Arzobispado y la Canongía Magistral de la que subió á las Dignidades hasta de Arcedeano en que se hallaba; que fué presentado por el Rey para la Mitra de Durango, que renunció, y que estaba reputado por el mayor Teólogo y el primer Predicador de la Corte.

«Ud. me hará el honor, me dixo, de creer que le hablo con sinceridad. Jamás he hecho juego por nadie, voto lo que me parece justo, y dexo á cada qual que haga lo que quiera; pero Ud. me ha ganado el corazon, y me hago para siempre su protector.» En efecto, habló en mi favor á quantos pudo, asociado del Dor. Beristain, que tambien manifestó entónces su amistad. Obtuve por fin, cinco votos, de los doce que componia la volación, en el tercero lugar, y habria llevado el segundo, si el Arzobispo no hubiere tomado empeño por otros.

Los que me votaron fueron los dos expresados, el Dean Dor. y Mro. Valentin Narro, varon tan respetable por su ciencia, como venerable por su virtud, el Dor. D. Pedro Valencia, célebre Prodicador de la bóveda de Sn. Ginés de Madrid, de donde pasó á aquella Catedral, y en la que se ganó sobresaliente reputacion en el púlpito, y el Dor. Dn. Juan José Gamboa! Los demás vocales tenían ligados sus votos con el del Arzobispo, de quien eran ó familiares, ó hechuras, ó uno y otro. El Dor. Jaravo estrechó entónces amistad conmigo; pero me confesó ingenuamente no podia separarse del Prelado, sin cuya liga él y otros tres me hubieran favorecido en el tercer lugar, de lo que manifestaron deseo.

Esto seduxo á mis protectores, que variaron su primer pensamiento de votarme en el segundo, creyendo me importaba más llevar á aquel entero; pero se engañaron, porque ni para él dexó libertad el Arzobispo á los que creyeron tenerla. La Canongía recayó justamente en Dn. Gaspar Candamo, Doctor de Salamanca en cuya Universidad lució, y Canónigo de Guadalajara. Habia sido tambien Gobernador de la Mitra del Nuevo Reyno, y tenia hechas varias oposiciones con universal aplauso.

Sobre todo, como tuve la suerte de caer en gracia, me dí



á conocer en la Corte adquirí un pedazo de nombre que no merecía, y gané muchas amistades y estimaciones, que ni aun acerté á prometerme. Este es un fruto verdadero, el que más debe satisfacer al alma, y que yo aprecio sobre las Prebendas mismas. Un pleveyo, un infeliz que al pasar un sugeto por la calle, lo señala con el dedo diciendo con aprecio, «este es fulano,» lo engrandece más que un Principe elevado á los puestos por complacer á sus empeños.

### APUNTE 3.

#### Hermosura extraordinaria.

En la temporada del concurso á la Magistral conocí la mayor hermosura que han visto mis ojos, capaz de pasar en un siglo idólatra, no sólo por Deidad, sino por Diosa de las Deidades mismas. Las descripciones pintorescas de las novelas, aquello de cuello de alabastro, labios de carmin, mejillas de rosa, dientes de marfil, manos de nieve, ojos de luceros y demás rasgos metafóricos que en ellas se usan, de ninguna otra pueden decirse con ménos propiedad. Yo la tuve por superior á la georgiana Kemiske y á la griega Helena, porque encontré en ella las treinta calidades ó circunstancias que constituyen una hermosura perfecta, la que describí en su obsequio, llamándola con el nombre de Nise, que la daré tambien en esta narracion.

Añadía á su belleza y alta esfera todas las gracias encantadoras de la música, y un genio amable, desprendido del orgullo. Ni las dotes con que la regaló la naturaleza, ni la opulencia de los bienes de fortuna que poseía su marido, ni las adoraciones ó inciensos que la tributaban mil derretidos corazones, bastaron á soplar en sus casos la vanidad. Esta circunstancia sobre las demás me prendó, y como hallé gracia en sus ojos, sin detenerme en el exámen de su carácter y talentos, la amé luego.

No pienso lo extrañaré, sino quien, no pudiendo formar nobles ideas de aquella inclinacion, se lo representa sólo entre las sombras del delito y del horror, ó quien ignore el mecanismo moral de los afectos. Las prendas son imán, y acero las voluntades. Un objeto amable es preciso que arrastre

tras si á quantos conozcan su mérito, y para que yo dexé de amar á un sugeto digno de ello, no basta sacarme el corazón, es necesario tambien quitarme el alma.

Un amigo me introduxo en casa de Nise, pero en breve no necesité ya de su auxilio, porque ella misma me permitió el honor de frecuentarla, expresándome podia ir por mi solo quando gustase. Todo el tiempo que duré en México, la visité á menudo, hice hablar á las Musas empleando en ella la poesia, tomé los coloridos de ésta para hermohear la prosa de las conversaciones, y disfruté sazónados ratos oyéndola gorgear al compás del fuerte-piano que pulsaba dulcemente. Pero como todos los gustos de la vida terminan en una amargura mayor que el deleite con que brindan en los principios, comencé á sentir con satisfaccion el dolor de la despedida.

Antes de llegar, me presenté pidiendo certificacion de los votos que habia ganado en la terna de la Canongia; pero se negó absolutamente á dárme la el Arzobispo. No lo senti mucho, porque sólo la quería para mayor constancia, teniendo ya en mi poder la suficiente en un oficio, que me habia dirigido el Secretario de Cabildo avisándome los votos. Tampoco culpé de la negativa al Principe, el Exmo. é Ilmo. Sor. Dn. Alonso Núñez de Haro y Peralta.

Era de muy fina literatura y de bello gusto, especialmente en el púlpito en que se hacia admirar, tanto por las piezas como por el arte de decirlas, á que añadía gracia su hermosa figura. Lució en Italia siendo Colegial Mayor de San Clemente de Bolonia, y en España de Canónigo de Toledo, de donde ascendió al Arzobispado de México, acumulando á esta dignidad la Gran Cruz de Carlos III y el Virreynato y Capitán General de Nueva España. Era de sana intension y corazón nobilísimo, pero el extremado amor de su patria lo hacia veer con desafecto el pais que gobernaba y el demasiado concepto que tenia de algunos que lo rodeaban, y de que ellos solian abusar, lo hacia emprender á veces lo que no hubiera pensado obrando sin sugestion.

Respeto su memoria, y amé su persona, aunque no fuera sino porque recibí de su mano desde la Tonsura hasta el Diaconado. No me quedó, pues, de S. E. queja alguna, y convertí todas las más contra el hado y las estrellas, que me estrechaban ya á separarme de una Ciudad, donde recibí



tantos favores, y en donde dexaba á Nise, que en los últimos lances no pareció sino que intentaba hacerme más dolorosa la partida aumentando sus finesas. La caminata, por quererlo así tres amigos que me acompañaron por pasear, se dirigió por Chalco, y yo mezclé con las aguas de su laguna mis lágrimas, regando también con ellos los montes y los valles.

#### APUNTE 4.

##### Contratiempo

Restituido á Acaxete escribí mi llegada á todas las personas de que recibí favor, dexándose entender la preferencia y expresion con que lo haria á Nise. Deseaba con ansia su respuesta, para consolar con ella los ayes que exalaba. ¿Quién duda, me decía á mi mismo, que ella será el mayor lenitivo á mi pena, y el único bálsamo que pueda aplicarse á mi herida? Pero aun estoy esperando el tal bálsamo.

Pasado el tiempo en que debí recibirlo, y no habiéndose verificado, me acordé de la veleidad y noveleria con que habia oído la notaban algunos y sobre lo que ella me habia prevenido expresándome no creyera sino lo que experimentase, y no lo que me dixesen. Pero habiéndose agregado á las hablillas el experimento, me indigné, teniéndome por un simple de buenas crederas en haberme persuadido de su dicho. Al punto sofoqué mis suspiros, y estuve por ir á recoger las lágrimas que habia derramado en el camino. No hay que admirarse, porque aunque era Deidad, era una Deidad humana, de carne y hueso, y con figura corporal como nosotros.

A este contratiempo tan sensible para mí, sucedió otro de que me alegré en vez de apenarme. El Marques de Bancifort, Virrey entónces del Reyno, declaró inhábiles para actuar en los negocios seculares á los Abogados Clérigos en los términos que lo prescribe la ley, que no estaba en observancia, previniendo ocurriese á habilitarse el que gustase, exhibiendo la cantidad señalada en la Cédula de las gracias de sacar. Yo no quise ocurrir, teniendo la especie por una de aquellas socialías, que solía meterle al Virrey en la cabeza el Conde de la Contramina, su mano derecha, compadre y confidente.

Por otra parte, la inhabilitacion me traia la utilidad de excusarme de muchas asesorías y defensas, en que los amigos y conocidos me hacian trabajar sin paga alguna, que jamás he exigido á nadie, exerciendo la abogacia á la romana y con ménos interés que los de aquella República, quienes se servían de este medio para conciliar los votos del Pueblo en las elecciones de sus empleos.

En aquel mismo año me avisó S. Exa. por medio de mi oficio, habia dado cuenta al Rey con el expediente de la Cofradía de Piedad, y en el mismo tuve la satisfaccion de verle el fin. Sin demora se vió en el Concejo, y S. Magestad se sirvió aprobarla por Cédula de 3 de Agosto de 1797, y aquel Supremo Senado mandó se me pusiese una carta de gracias, que en efecto recibí subscripta del Sr. Dn. Francisco Cerdá.

Mi agente me remitió la Cédula, y yo la dirigí á Orizaba donde se hallaba S. Exa. comandando las tropas acantonadas para defensa del Reyno contra el Inglés. Esta circunstancia, á que era consiguiente el transporte de los expedientes de Orizaba á México y de México á Orizaba en una especie de despacho ambulatorio, y la venida del nuevo Virrey, el Exmo. Sor. Dn. Miguel José de Azanza, traspapelaron la Cédula, y se pasó mucho tiempo para que se le diese el correspondiente.

El sello y remate de los contratiempos de aquel año fué la vista de mi amado amigo el Dor. Conde. Algun tiempo antes le habia acometido apoplegia, que lo dejó fuera de sí. Por entónces me dijeron estaba muy alentado, lo que me movió á verlo. Me hicieron esperar en una sala miéntras le avisaban. Salió despues de un breve rato, sosteniéndolo dos lacayos por debaxo de los brazos, como si fuera de palo. Llegando al asiento, se dexó caer de golpe en él, tenía fijos los ojos á una sola parte, y no articulaba sino una palabra, que como por fuerza se le arrancaba de la boca.

Me enternecí con tan doloroso espectáculo, especialmente haciendo paralelo entre su actual situacion y el resio anterior de su vida, en que levantava en peso un concurso teniendo pendientes de sus labios á quantos lo escuchaban. Dan ganas de moralizar en semejantes casos, y yo ponderaba dentro de mí la miseria humana, al ver sin voz al mayor Orador de América, y me pareció mirar muda á la eloquencia misma. Así sobrevivio todavia cerca de dos años, si puede llamarse vida una muerte anticipada, á la que no faltaba para